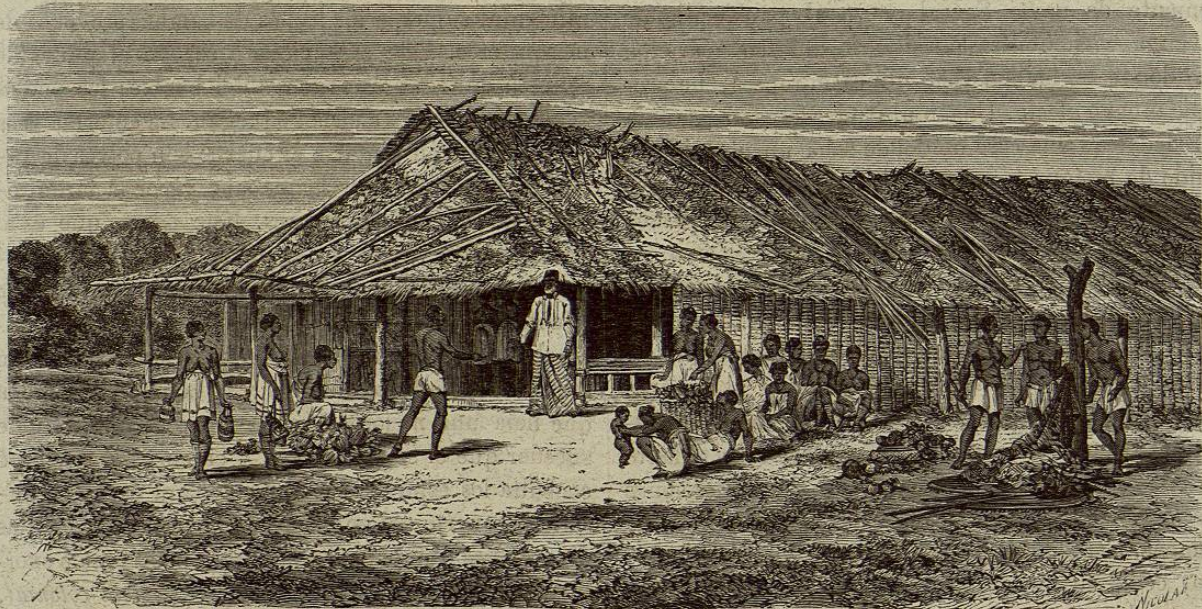


un canto monótono. Llegué, pues, oportunamente, pues iba á comenzar el desfile.

La mujer principal, ó gran mujer del enfermo, abría la marcha: tomó el hisopo empapado en aquella infusión roció con él al enfermo por dos veces pronunciando un conjuro contra el mal espíritu, esperó que toda la fila hubiera repetido la fórmula, escupió á derecha é izquierda del paciente espresando el deseo de que arrojase él del mismo modo el mal espí-

ritu de que estaba poseído y trasmitió solemnemente la escobilla á su hijo mayor que le seguía. Repitióse la ceremonia que fue ciertamente larga. El pobre enfermo tiritaba y de vez en cuando activaba la procesion con voz imperativa. Cuando hubo pasado todo el pueblo, escupió dos veces á su alrededor, murmurando alguna fórmula de exorcismo, y despues sus mujeres lo frotaron con las yerbas cocidas. ¿Qué preparacion era esta? Era en verdad muy complexa, y



Casa del rey Dionisio.

si bien pude reconocer algunos elementos, por haberlos visto en mis escursiones botánicas; la mayor parte de ellos se me escaparon. Algunas semanas despues volví á ver á Kringer: no sé si escupiria el mal espíritu; pero él estaba restablecido. ¿Habia tenido en verdad la afeccion del corazon? Yo me permití dudarle y entonces me pesó la repugnancia que me impidiera reconocerlo.

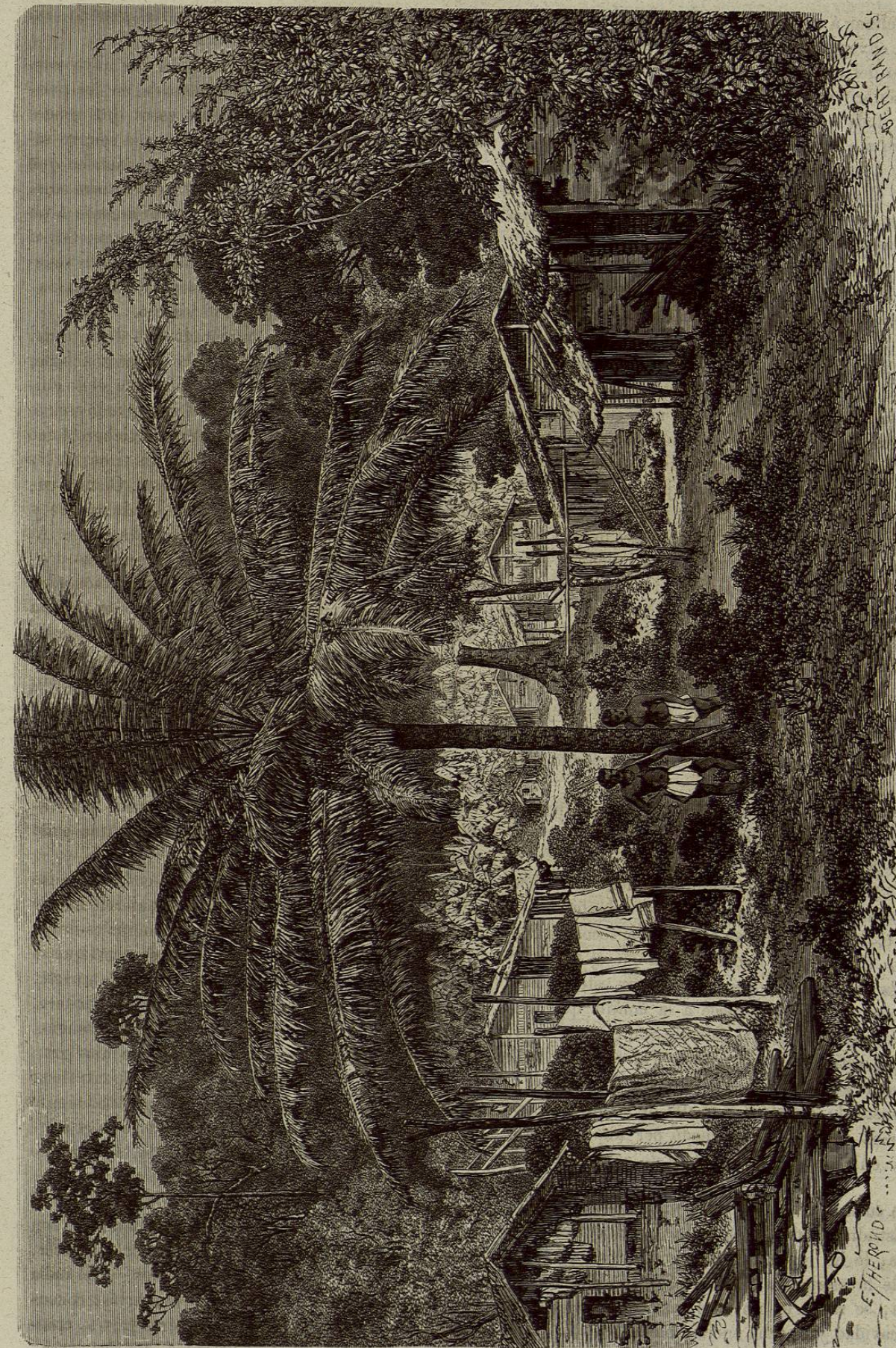
Fue un resultado feliz; pero los feticheros no curan todas las enfermedades.

Cuando muere uno de ellos, sus mujeres se visten de luto, cortándose el pelo y despojándose de sus galas por espacio de un mes ó dos. Los primeros dias se reunen con sus amigos en la casa mortuoria, donde el difunto permanece espuesto por tres dias recibiendo las visitas de las gentes de la vecindad que van á reprocharle su partida, su abandono de la vida y de su familia. Como no hay buena reunion sin libaciones, el aguardiente circula entre los dolientes, mientras que los disparos resuenan en la parte de afuera. El ataúd se fabrica con los cofres del difunto,

el cual es depositado en él con parte de los utensilios domésticos, sin olvidar su vaso y su pipa. Despues de tres dias se lleva á un cementerio oculto en medio de los bosques, lejos de las miradas de la muchedumbre y sobre todo de los europeos. Un doble cortejo compuesto de sus parientes y esclavos acompañan el cadáver á la última morada. Cuando el pueblo está inmediato á la mar, sus habitantes concurren á la playa durante la inhumacion. Un disparo indica el momento preciso en que tiene lugar, á cuya indicacion todos se lanzan al agua teniendo cuidado de dejarse caer de espaldas como el pobre difunto á quien se entierra.

En otro tiempo no se enterraba á ningun personaje de alguna importancia sin darle por compañeros algunos de sus esclavos. Esta bárbara costumbre ha desaparecido con la presencia de los europeos; pero á pesar de la vigilancia de las autoridades francesas acaso exista aun en los pueblos lejanos.

Despues de esta ceremonia, viene lo mejor: la infalibilidad del fetichero. El embaucador, desde que



Caserío gabonés de Chinchoua. — Rio Romboe.



vió declinar á su enfermo se dió prisa á anunciar que estaba envenenado ó hechizado. Muerto ya, falta el castigo del culpable, y el fetichero es el encargado de descubrir este misterio. No es muy difícil la empresa, toda vez que sus clientes son crédulos y el maestro muy ducho en el arte de engañarlos.

Voy á tomar, de las notas del capitán Vignon que mandó el puesto del Gabon por mucho tiempo, la relacion de esta escena de grosera magia, á la cual no ha asistido ningun europeo.

«El día del entierro y luego que se hace de noche, se reúne la poblacion en la casa mortuoria, alumbrada con antorchas y el fetichero se coloca en medio de la reunion. A una señal dada todos los asistentes se ponen á cantar al son del *tamtam*, bailando solo el fetichero. Estos ejercicios suelen durar hasta la media noche, en cuyo momento manda el fetichero apagar las luces para invocar en la oscuridad á los espíritus, á quienes ruega le descubran al culpable. Terminados estos conjuros, se vuelven á encender las luces y los cantos y danzas continúan hasta el día. El fetichero saca entonces debajo de su vestido la piel de un animalillo que llaman *Eninca*, da una vuelta con este despojo en torno de la reunion y dejándolo caer á los pies de la víctima que tiene ya elegida, dice nombrando al culpable en alta voz: Hé aquí al envenenador.

Si es un esclavo (que ordinariamente lo es), se conduce inmediatamente á las habitaciones lejanas, donde debe sufrir la pena de su crimen. Allí atado á un árbol muere á puñaladas, ó es entregado á los búfalos que lo queman vivo.

Si es hombre libre, la acusacion no es suficiente y se somete á una prueba.»

Esta prueba es un verdadero juicio de Dios y de los mas peligrosos. El presuntó reo tiene que beber un fuerte veneno. Si sucumbe, su culpabilidad es evidente; si sobrevive, se proclama á voces su inocencia. Un arbusto llamado *icaja* en el Gabon y *m'bundu* en el cabo Lopez, suministra este veneno; al parecer el *icaja* pertenece á la familia que produce la nuez vómica y el haba de San Ignacio, cuyo principio activo es la estriquina. Tal como yo lo he encontrado en los bosques pantanosos del Gabon, es un arbusto de 2 metros y medio de altura, de pocas ramas y hojas y terminado por una larga raiz recta y cubierta con una corteza de color rojo muy vivo.

Esta corteza es la que tiene propiedades tan activas. Estudiada por Mr. Martin, farmacéutico de la marina, le ha presentado las reacciones características de la estriquina. Cuando se quiere hacer uso de ella, se raspa en un vaso hasta la tercera parte de su cavidad y se echa encima medio litro de agua: el agua toma rápidamente el color de la corteza y

cuando esta coloracion es completa, el veneno está en punto de tomarse.

Mr. de Chaillu es el único viajero que haya asistido á la administracion del *m'bundu* en los pueblos del interior. En uno de los casos que refiere ocurrió la muerte á los cinco minutos: la sangre salía por los ojos y oídos de la víctima, detalle que parece bastante extraordinario, por no decir otra cosa. En otra ocasion lo vió tomar voluntariamente á un fetichero, llamado Olanga que queria aumentar su reputacion; porque el individuo que bebe este veneno adquiere infaliblemente el espíritu de la adivinacion. Pero dejemos la palabra al viajero.

«El veneno, dice, fue preparado, no delante del Olanga, el cual no tenia derecho de presenciarlo, sino delante de dos amigos encargados por él de cuidar que todo se hiciera en regla. Cuando todo estuvo dispuesto, le hicieron comparecer: el fetichero tomó la taza de veneno y se lo tragó de un tiron. A los cinco minutos, se notaban ya los efectos. Olanga comenzó á vacilar, sus ojos se inyectaron de sangre y sus miembros se contrajeron convulsivamente. Al mismo tiempo se presentó un síntoma que hizo presentir que el veneno no sería mortal: una evacuacion abundante y líquida, sin la cual nada bueno podia augurarse. Todos los movimientos de Olanga eran los de un hombre ébrio: tuvo los propósitos mas desatinados, bien que se creyeran efecto de la inspiracion, hasta que al fin cayó en un estado de embriaguez completa.

Este viejo doctor, era capaz, segun decian, de tomar veneno en dosis considerables, sin sentir mas efectos que los de esta pesada embriaguez, privilegio que naturalmente le ha conquistado una gran reputacion.»

Esta descripcion de Mr. Chaillu, conforme á las relaciones de los indígenas, cuando quieren hablar de estas cosas, recuerda los efectos principales de las preparaciones de la estriquina. Pero es claro que la persona acusada de hechicería y condenada á muerte, bebe una dosis de veneno mas fuerte que el fetichero, ó bien este sabe prepararse con un contraveneno. Supónese que la ingestion anticipada de una gran cantidad de aceite de palma basta para neutralizar la accion del *icaja*. Este medio no es probablemente infalible, porque cuando un gabonés rico es el acusado, hace lo posible por sustraerse de tan terrible prueba con sobornos.

No se crea que estos envenenamientos jurídicos, resultado atroz de la mas estúpida supersticion, son propios de este pais: á algunos grados mas al Norte, en las bocas del Niger, existen tambien, y el haba de Calebar, uno de los venenos mas activos, consume allí la obra de destruccion. En otras partes, cualquiera otra sustancia; y es probable que esta horri-

ble costumbre se estienda por todo el continente africano; porque en achaque de supersticion todos los negros son lo mismo.

Nuestro contacto y sobre todo nuestra autoridad, despoja á los que están cerca de nosotros de la crueldad de sus costumbres; pero es dudoso que el roce de la civilizacion los desembarace de su credulidad originaria. Esceptúo, desde luego á los que ha transformado realmente una educacion europea.

El negro de Africa cree en los sortilegios. Transportado desde niño á nuestras colonias, educado ó nacido en medio de nosotros, rodeado de cuidados religiosos, pero en contacto con la gente de su raza, cree en los *zombis* ó muertos aparecidos y lleva sobre sí algun fetiche preservador. Que un ministro de la religion lo despoje de su talisman y le dé en cambio algun piadoso emblema: estad seguros de que no comprenderá su significacion simbólica. Y cuando se aperciba de que su medalla no lo preserva de los males, contra los cuales se creia garantido, sin recusar la buena fe del ministro que se la diera, volverá á su fetiche nacional haciendo para sí esta reflexion; que la medalla del misionero excelente para el blanco, no se ha hecho para el pobre negro. No lo estraña tampoco, convencido como está de que nuestro Dios, que nos da tanto poder y riquezas, no puede ser al mismo tiempo el Dios del pueblo negro.

Parece tambien creer por reciprocidad que nosotros somos para sus dioses seres indiferentes y que el poder de sus fétiches no nos es trasmisible; y hé aquí por qué nos lo ceden á veces sin mucha repugnancia. Un día compré por unas cuantas hojas de tabaco una de estas figurillas estrambóticas que se encuentran en todos los pueblos con un pedazo de vidrio en el pecho y plumas de *turaco* á modo de aureola en la cabeza. La compra fue difícil, porque la grotesca divinidad puesta en un mango, era un fetiche de guerra, cuyo valor habian probado sus largos servicios. El guerrero que lo poseía lo clababa en tierra junto á sí, cuando tenia sueño, y se dormía sin inquietud bajo su custodia. Ya se comprende que el dichoso poseedor de semejante talisman debia mirarse bien para venderlo. Me lo vendió, sin embargo; pero por ningun precio se lo hubiera vendido á un negro. Renunciaba á una invulnerabilidad de que yo no habia de aprovecharme; pero hubiera sido engañarse á sí mismo en la venta, cediendo tan venturoso privilegio á quien hubiera podido ser acaso su enemigo.

Esta creencia en dioses diferentes para las dos razas, halaga por otra parte la vanidad del negro. La superioridad del europeo en el dominio de los hechos materiales es incontestable para él; pero aparte de esto la recusa con toda su voluntad. Cuando nos ve sonreír á la relacion de cualquier sueño de su imagi-

nacion supersticiosa, nos reprende dulcemente nuestra incredulidad y da á entender, no sin cierto orgullo, que el dios de los blancos tan generoso para ellos, les ha ocultado, sin embargo, mas de un misterio, cuyo secreto ha sabido penetrar el negro.

Hé aquí la respuesta que dieron á mi amigo Serval en una estraña circunstancia. Mandaba entonces un pequeño aviso, el *Pionier*, cuya tripulacion estaba compuesta en gran parte de negros, no gabonés ni feticheros, sino senegales y mahometanos, es decir, superiores en todo. Un día uno de estos *laptots*, bañándose en las ruedas de la nave, fue devorado por un tiburón. A los pocos días nuestros *laptots* tuvieron el gusto de harponear uno de estos fieros peces, en el cual reconocieron naturalmente al devorador de su camarada. Ya lo izaban á bordo y creian asegurada su venganza, cuando uno de ellos, ocupado hasta entonces en otro punto del barco, apareció de repente lanzando una exclamacion de sorpresa y alegría. Al mismo tiempo el tiburón haciendo un vigoroso esfuerzo, logró desembarazarse y cayó otra vez al mar. Para hombres exasperados que veian ya malograda su esperanza, habia allí algo de anormal. El *laptot* venido tan inoportunamente, pertenecía por su desgracia á no sé qué tribu de mala fama y sospechosa de hechicería. Su repentina aparicion y el grito que habia dado fueron como rayos de luz: su convivencia con el tiburón pareció evidente y llegando á su fin los comentarios, muy luego se reconoció que el monstruo marino era su primo hermano, así encarnado para hacer á medias algun terrible maleficio.

Furiosos contra un camarada tan mal emparentado, nuestros hombres querian enviarlo inmediatamente con su primo, lo que hubiera sucedido si el *gourmet* no lo protegiera. El *gourmet* es el jefe de los *laptots*, los cuales lo eligen de entre los mas inteligentes, teniendo por tanto en gran respeto su autoridad. Pero en esta ocasion fue desconocida: verdad es que mal convencido él mismo de la inocencia del acusado, lo defendia débilmente en interés solo de la disciplina: de cualquier modo fué á dar parte del alboroto al capitán. En vano Mr. Serval que lo tenia por hombre de buen sentido, procuró probarle su necedad; él no se dejó convencer y cortó por lo sano con este argumento irrefutable. «Los blancos saben muchas cosas, muchas mas que los negros, pero hay algunas que los blancos ignoran y los negros saben muy bien.»

Por esto entendia las cosas de hechicería. ¿Qué responder á esto? Nada. Mr. Serval obtuvo del respeto de su agente tres ó cuatro días de tranquilidad; pero la situacion del pobre hechicero no era la mas segura y hubo que desembarcarlo.

Hé ahí lo que son los negros. Y cuenta que habol